

'Estancias del Pensamiento'

Ricardo Blanco Segura

Francamente, pocas cosas hay tan aburridas como la filosofía, si es que se le puede llamar "cosa" y por ende a los filósofos. Después de dos años de estudios de escolástica y de andar entre sorites, entinemas, tesis, axiomas y conclusiones, amén de verme obligado a tragar como un trozo de alambre de púas todo cuanto dijo y no dijo una serie de sujetos excéntricos en las lecciones de Historia de la Filosofía, llegué a la conclusión de que la única explicación que tiene el mundo está en uno mismo, aquí, ahora, en este instante, sin pasado ni futuro, existencia antes que esencia, en un perenne presente sujeto a dos términos: nacer y morir. Lo demás ¿qué importa? ¿Para qué tratar de explicarse el porqué de las cosas, si las únicas que tienen sentido son las que carecen absolutamente de eso que llaman valores? Y mucho menos meterse en problemas fenomenológicos; ¡a mí me basta con la voz de mi conciencia, pese a que viendo bien el asunto, a estas alturas no sé ni siquiera quién soy, ni aun guiándome por el conjunto de letras que forman mi nombre, que al final de cuentas no es más que un simple concepto mental, expresado en sonidos, para designar el conjunto de huesos y de carne que los demás creen que yo soy. Pero bueno, dejemos eso porque sin querer ya me estoy poniendo filosófico y eso sería en mí la forma más absurda de hacer el ridículo.

Todo esto viene a cuento a propósito de un libro que recién llegó a mis manos titulado "Estancias del Pensamiento" del Dr. Roberto Murillo. No tuve muchos recelos al tenerlo, porque al Dr. Murillo lo leo continuamente en sus colaboraciones para la página 15 de La Nación y es, junto al Dr. Láscaris y César Valverde, de los que más me gustan entre los que escriben en esa página. Abierto el libro, me enteré de que precisamente es una recopilación de aquellos artículos, y he vuelto a la tranquilidad y al deleite de repasar lo que otrora me causó tanto gusto. Porque si todos los filósofos tuvieran la sensibilidad, el sentido de lo poético, la soñadora percepción de las cosas y del mundo en general que Roberto Murillo posee, con sobrado gusto los volvería a leer, sin la repugnancia con que alguna vez tuve que aguantarme la "Metafísica" de Balmes.

Sin dejar ni por un instante su pasión por el pensamiento filosófico, manifiesta a través de constantes citas y comparaciones, Roberto Murillo nos lleva casi de la mano por los campos y trillos de la patria, viendo en cada árbol, en cada prado, en algún arroyo o en el azul de las montañas toda una explicación de la belleza de ser y percibir.

El libro no es únicamente una inspiración de paisajes; hay en él material muy diverso para recrearse y reflexionar, que incluye desde una recordación de Tubingen, un comentario

sobre don Abelardo Bonilla y un apunte sobre don Enrique Guier como biógrafo de William Walker, hasta el deleite de un "Crepúsculo mariense" y una noche estrellada. Bastaría la exquisita sensibilidad de Roberto Murillo, para dar gran categoría a este conjunto de páginas escogidas con mucho acierto. Pero a su talento y a la sinceridad con que vive las cosas y que logra transmitir al lector sin que éste se dé cuenta, une un claro dominio del idioma. En todo momento es el escritor que sabe escoger la palabra adecuada, el término preciso, sin alambicamientos ni complicaciones barrocas. Tiene uno de los estilos más tersos que se han dado en nuestra literatura, prueba de que la sencillez es capaz de producir, sin proponérselo siquiera, las páginas más bellas que la complicación premeditada no puede lograr nunca. Es fundamental para disfrutar plenamente los escritos de Roberto Murillo, tomar en cuenta el ritmo lento, pausado, a veces como perezoso con que va dándonos sus descripciones, en que la magia del detalle al parecer intrascendente es en más de un período el elemento decisivo. Lo cual nos hace recordar que es un filósofo el que escribe. Y es así como de esa mente surgen bellezas tales como "...Anochece sin brisa. Una vaga luna insinúa los húmedos caminos del Copey y del Higueronal, las acequias que hacen nacer rosas y berros, pobladas de luciérnagas. Un sueño sin ensueños nos hace sentir, en quien sabe qué senderos del alma, el valle circular y armonioso, el gallo de la medianoche, el lejano aullido de los coyotes y la mágica presencia de la eternidad. Encantador también es el súbito despertar, con la luna llena en el oeste y en el aposento, con un enloquecido canto de yigüirros, alegres por el nuevo amanecer del invierno..." O bien:

"...Cuando en las tierras altas se van apagando los colores de acuarela y mostaza, comienzan a aparecer en enero, Sirio, Conupia, Aldebarán, la gota de sangre del poema de Unamuno. El mapa viviente del cielo se despliega sobre nosotros y nos hace sentirnos por momentos y hasta por horas eternos, constantes, armoniosos, llenos a la vez de vida y quietud..." Trozo de "Las Estrellas" que habría hecho suspirar a Fray Luis de León. Filósofos así, que me los traigan todos. ¿O será que son precisamente ellos los que perciben la realidad del mundo de tan bella manera? Y si logran escribir tan estupendamente como Roberto Murillo, pues que también lo hagan. "Estancias del Pensamiento" ha salvado de la perecedera transitoriedad a que estamos expuestos todos los que escribimos para la prensa, algunas de las más hermosas páginas publicadas en nuestro medio. Bienvenido sea.

Roberto Murillo: "Estancias del Pensamiento".

Editorial Costa Rica, 1978.